TUCUMÁN

POEMAS

MANUEL ALDONATE

Tucumán
con todas las letras

Presidenta de la Nación
Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Educación de la Nación
Prof. Alberto Sileoni

Secretaría de Educación de la Nación
Prof. María Inés Abrile de Vollmer

Gobernador de la Prov. de Tucumán
CPN José Jorge Alperovich

Ministra de Educación
Lic. Silvia Rojkés de Temkin

Secretaria de Estado de Gestión Educativa
Prof. María Silvia Ojeda

Directora de Asistencia Técnico Pedagógica
Prof. Graciela Beatriz Aldonate

Directora del Plan Nacional de Lectura
Margarita Eggers Lan

Coordinadora Región 5 (NOA)
Adriana del Vitto
adelvitto2005@yahoo.com.ar

"Antenor Villagra Labrador", "Canción del niño Zafrero", en *Poemas del cañaveral* (1951)
"Campesina", "Canción para los obreros del Ingenio Ñuñorco", en *Clima de la miel* (1961)
"Canto a un miliciano" (Poema inédito de la década del 70), de Manuel Aldonate
© Manuel Aldonate

Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2011
Colección: Tucumán con todas las letras

Ministerio de Educación de la Nación
Secretaría de Educación
Plan Nacional de Lectura 2011
Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires
Tel: (011) 4129-1075/1127
planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2011

POEMAS

MANUEL ALDONATE

ANTENOR VILLAGRA LABRADOR

Antenor Villagra: digo tu nombre de labriego
y sueño
con hondos surcos y cielos sonrosados,
con un cañaveral hermoso y alto,
con mansos bueyes y tu caballo de color picaso.

Digo tu nombre y pienso en tantas madres,
madres heroicas,
Matronas de la espiga y la labranza
Y recuerdo tu voz inalterable
Cabalgando en el viento por el silencio del paisaje.

Digo tu nombre, aceitunado labrador gigante
Y canto.
Canto el esfuerzo de tu brazo altivo
Que fecundó de arados la campiña
Preparando la tierra para el futuro vuelo de la
Espiga.

Canto tu rostro, iluminado y claro,
En el crepúsculo
Enrojecido de luz y sangre del verano
Cuando oficiabas en la parroquia de tu campo
La misa verdadera, la verdadera misa del trabajo.

Canto tu voluminoso sueño realizado:
El grano y el cristal...
El maizal florecido y espigado,
La caña dulce convertida en pan
Y la sangre de tus hijos fortalecida por su sal.

Digo tu nombre material y pienso
En lo divino y substancial que hay en tu esencia de labriego,
En todo lo de dios que hay en tu esfuerzo:
Dueño y señor milenario y cabal del universo.

Antenor Villagra: digo tu nombre de zafrero
Y anhelo
La permanencia indefinida de tus células.
Sobre todos los vientos resonará mi canto
Y en cada surco alentará tu sangre de árbol
Y vendrán por el campo y por el cielo,
Sobrevolando,
Las palomas del trigo y del almíbar
Y se impregnará la tierra, definitivamente poseída,
De una harina sin sangre entre las manos florecidas.

CANCIÓN DEL NIÑO ZAFRERO

Un aire de tules blancos
Se suspenden bajo el cielo
Mientras un niño de cobre
Da golpes de pie desnudo
Que se duelen de se tiernos

Una luna de platino
Ojo enorme para el sueño
Recoge toda la bruma
Para hacer azules sábanas
Donde dormir su desvelo.

El niño marcha rompiendo
Con su pie tierno y moreno
Puñales de escarcha fina
Que en el alba son de hierro
En la carne del zafrero.

Quien lo observe caminando
Como un hombre en el sendero
No pensará que es un niño
Que pueda jugar a veces
Como los niños del pueblo.

Cuando los otros aún duermen

Soñando sueños de incienso
Él va por duros caminos
Con su cuchillo zafrero
Bajo el rigor del invierno

Dicen que Dios sabe de esto
Ay! Qué difícil es creerlo
Qué hombre no siente pena
Al pensar que tantos niños
Envejecen en el cerco.

Si yo fuera Dios, pequeño
Te daría un rancho nuevo
Mucho pan de trigo bueno
Una cama para el sueño
Y un tambor para tus juegos.

Pero soy hombre mi niño
Un hombre de carne y hueso
Y para ti solo tengo
Una palabra y un beso
En homenaje por tu esfuerzo.

¿Seguirás como hasta ahora
Conchabando tu inocencia
Por las duras madrugadas
De la zafra y del invierno
Sin pan, ni cama, ni mesa?

¿Es la zafra tu destino?
¿La miseria tu maestra?
¿Jamás podrás ser un niño
Sino un hombre sin infancia
Con un cuchillo en la diestra?.

Ya vendrán, niño zafrero
Tus mañanas sin desvelos
Siete soles sin arriendo
Y para tus ojos cansados
La luna de siete sueños.

Tu mano no tendrá hierros
Para esgrimir en el viento
Ni en el alba te veremos

Cobre oscuro, cobre nuevo,
Camino del duro cerco.

Deja, que nadie se acuerde
Que eres débil y pequeño
Pero nadie más que tú
Tiene derecho a este verso
Valiente niño zafrero.

CAMPESINA

Amaneces en el surco apenas dibujada entre la bruma,
Como estatua de hielo, congelada hasta la sangre,
Hasta tu única esperanza congelada,
Ausente de pensamientos, callada como un árbol:
Una mirada larga ... unos ojos sonámbulos.

El brazo te ha crecido como catorce pulgadas
En el húmedo acero de tu cuchillo bravo
Y entonces es que piensas en cosas tan lejanas
Como, por ejemplo, en la rubia piel del trigo
Y sueñas que te crece por toda la cintura
Una pollera blanca olorosa de lino.

Una gota de sal te quema la mejilla
-tu desesperanza que brota por los lindes
del llanto-.

Con ímpetu salvaje desnudas una caña
Y luego otra y otra y veinte más
Que vuelan por el aire –alfileres morados-
Para agujerear tu sueño, tu sombra y tu costado.

¡Heroica campesina, matrona y capitana
de la provincia verde que huele a miel amarga!-.
no sabes compañera que tienes tu destino
atado a las espaldas para andar al ingenio
que molerá tu esfuerzo lo mismo que tu sueño.

Casi todos tus hijos nacieron en el cerco,
Bautismo de malhoja recibieron naciendo
Y apenas si pudiste con tus ubres de arena
Hacerles que crecieran a miserable leche;

Con una yerba usada los llevabas al sueño,
Alguna vez un beso les buscaba en el lecho:
El llanto de tus niños no te llegaba al cerco,
Un fragor de cosechas ahogaba sus lamentos.

Tus años de muchacha se apagaron há tiempo,
Los sueños que allá lejos acariciaste en las siestas
Murieron en el surco. Pariste por costumbre
Y tu mano de madre, envuelta en el cuchillo,
Fue precaria caricia para tu oscuro niño.

No sé cuantas madrugadas te sorprendieron
Entre el helado viento del invierno
Con un traje de niebla y una cota de luna
Blandiendo sin descanso tu cuchillo invencible
Capitana del alba, silenciosa y terrible...

Mañana cuando caigas dormida sobre el surco
Acaso ni se escuche tu último gemido,
Quien sabe si el trapiche también muela tu muerte,
Tu sangre endurecida, tu derrumbada voz,
Tu corazón inerte
Para volverte azúcar, campesina, en septiembre.

CANCIÓN PARA LOS OBREROS DEL INGENIO ÑUÑORCO

A todos los recuerdo. Podría enumerarlos uno a uno
Si fuera necesario,
Referir sus íntimos problemas, sus sueños proletarios,
Su lento caminar desde todos los rumbos al ingenio,,
Su paso idéntico
Y ese duro silencio con que les cierra sus labios el invierno.

Podría –por ejemplo– decir con voz de acero y contracanto.
Salud, hábil tornero!
Cuando Gómez, Medina o Doroteo que discriminan la función del hierro
Deciden en sólo media vuelta el nacimiento de la tuerca,
O gritar con el júbilo del viento: estibador!
En el momento mismo en que los hombres son espalda y sudor.

A todos los recuerdo. Allá al fondo distingo a Mickeley
Masticando su cigarro verde
En su actitud de siempre: aprendiz de filósofo y rebelde.

Aquí, Carlos Romano rumiando su protesta que trae desde niño,
Clarificando almíbar,
Realizando con toda parsimonia su trabajo de hormiga.

Martínez, santiagueño curtido de vientos, sol y lluvias,
Con el dulzor de sus panales
Que le impregna de miel hasta el saludo en mitad de la tarde
También está presente cuando las sirenas cantan su aleluya
De vapor estridente
Sobre unos mamelucos azules salpicados de aceite.

Uno a uno así como llegaron se hundieron en el vientre del ingenio,
Sencillamente señoriales
Para ocupar sus puestos, los de siempre,
Sus cargos imperiales,
Vigilando la metamorfosis de la miel en cristales,
Mariposas de nieve
Que crecen en enjambres desde mayo a setiembre.

Estos de quienes hablo son los bravos obreros, los obreros auténticos
Del ingenio Ñuñorco
Que brazo a brazo van haciendo crecer la industria, poco a poco,
Sobre esta tierra virgen donde un pueblo madura,
Sobre esta tierra arisca del capitán Medina
Que acaso alguna vez se vuelva sólo almíbar.

Al fondo de la tarde -albañil del silencio-
Miguel Albornoz con alas de argamasa
Se eleva lentamente hacia el azul distante,
Quizá buscando al viento
Para contarle a solas de sus largas fatigas,
De su entrañable anhelo o acaso simplemente
Para secar con su hálito la sudada camisa.

Algunos no volverán a marcar su tarjeta de trabajo:
Carrizo –por ejemplo–
Que yace sin sonrisa debajo del trapiche dormido todo entero.

Un vendabal era la risa saludable de este obrero
Que fue todo ternura,

Impulso, corazón, briosa juventud, casi locura...
De vez en vez la muela azucarera despedaza la carne proletaria,
Tritura hasta la voz
Y le crecen raíces por la muerte a la antigua canción
Mientras corre por las lentas acequias calientes de la miel
El grito derrumbado
Para enriquecer de varonil sustancia el sacarino jugo del trabajo.

Otros van muriendo por partes. Comienzan a morir desde muy jóvenes.
Recuerdo a Juan Fernando
Que siendo casi un niño perdió su brazo de comando
Y a pesar del desastre conservó para sí su valentía,
Fue creciendo con ella
Y tuvo la sorpresa de ver como crecía también su mano izquierda.

Les nombro pues, ahora, a algunos, a los que más entiendo,
A aquellos que crecieron conmigo desde el fondo del niño
Y anduvimos á tiempo en tanto alegre juego
Caminando hacia el hombre con un andar sin prisa.

Nombro pues a Abraham Leiva con sus hondos secretos,
A Luis Armando Correa con sus sueños políticos,
A Pascasio Contreras sentimental y bueno
A Emilio Aybar entre un millón de tuercas
Y a tantos otros heroicos jornaleros.

Y pasarán los días sucediéndose de cosecha en cosecha
Y ellos serán los mismos
Tan sólo algo más viejos andando y desandando un antiguo camino,
Aquél que su destino les marcara hace un siglo
Y siempre transitaron
Con su paso heredado en tantas madrugadas de duro sacrificio.

CANTO A UN MILICIANO

Por qué tuvo que suceder así, todo al revés
Derrumbarse su torso casi estatua
Caer a tierra inesperadamente fulminado como un águila
Desde la enhiesta cima de su sangre
Con toda la luz del alba en la mirada
Y con las manos vacías, sin combate,
Arteramente cercenadas.

Cuentan las crónicas de los diarios
Que sólo a escupitajos defendióse
Y a puro grito y a carajos,
Frente a las negras pistolas asesinas
Que manejaban los sicarios del odio y la mentira.

Por qué el oscuro dedo en el gatillo
Se prestó al cobarde juego que inventaron
Los cancilleres y los diplomáticos,
Los jerarcas del latifundio, los del petróleo,
Los del estaño sometido, o los mercaderes
Que compran, al barrer el sol de las espigas,
La salud de los niños y sólo venden el olvido.

Una vez, decidióse a caminar y lo hizo patria arriba,
En dirección al sol, hacia las luminosas islas del Caribe,
Donde un lagarto verde agonizaba
Entre el aroma de un tabaco ajeno
Y bajo el pie de un rubio propietario,
El míster, que bebía su café apoltronado,
Mientras en mil cañaverales,
Unos juanes de carbón y miedo
Le daban a los surcos ciegamente
Con puños florecidos de machetes.
Allí topó a su hermano, aquel gigante sembrador de vientos
Y se acostumbró al fusil y a la mochila,
Y andando y caminando, isla adentro, trepó Sierra Maestra
Que convirtióse luego en el bastión.

MANUEL ALDONATE

Nació en la ciudad de Juan Bautista Alberdi, provincia de Tucumán, el 10 de abril de 1919.
Desde 1938 inició una importante trayectoria: maestro de escuelas rurales de Tucumán y Buenos Aires e incipiente escritor de poemas.
En su profesión, el magisterio, desarrolló la actividad gremial y la extendió a otras provincias en Congresos de maestros de Salta, Catamarca, Chaco, Santiago del Estero, Córdoba. También investigó sobre educación (Primer Premio de la Editorial Peuser por su trabajo: "La escuela y el ideal panamericano" 1965).
Fue gestor cultural en su región: presidente de la Comisión Municipal de Cultura en conexión con el Consejo Provincial de Difusión Cultural y se desempeñó como Técnico Folclorista del Fondo Nacional de las Artes.
Incursionó en el periodismo, fundamentalmente en el desaparecido diario *Noticias*. Escribió un trabajo inédito sobre los Orígenes del Periodismo en Tucumán.
En 1971, organizó el Primer Encuentro de Poetas en Monteros, que continuó en 1972 y 1974. En 1974, creó la "Peña Cultural El Tejar".
De 1974 a 1976 fue Presidente de la S.A.D.E. (Sociedad Argentina de Escritores) filial Tucumán y miembro del Consejo Federal de S.A.D.E. En 1978 esta institución le otorgó medalla de oro por su trayectoria. A lo largo de su vida desarrolló una importantísima actividad literaria, coherente con su tiempo y su lugar, profundamente significativa y representativa de toda una región.
En 1986, reinició los Encuentros de Poetas, silenciados durante la dictadura, los que organizó hasta su fallecimiento.
Murió el día en que se iniciaba el XIX Encuentro Nacional de Poetas, el 24 de noviembre de 1993; entonces se conmemora este evento con el nombre de Manuel Aldonate.
En 1994 se instituyó la medalla Manuel Aldonate, premio del Concurso Anual de Peña Cultural "El Tejar", en el Encuentro Nacional de Poetas "Manuel Aldonate".

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PLAN NACIONAL DE LECTURA

PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

TUCUMÁN

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.